

Alfonso el Regenerador. Monarquía escénica e imaginario nacionalista español, en perspectiva comparada (1902-1913)*

Javier Moreno Luzón

Universidad Complutense de Madrid

RESUMEN: *Este artículo analiza las relaciones entre monarquía y nacionalismo español en la primera década del reinado efectivo de Alfonso XIII. Y lo hace desde una perspectiva comparada, en el marco de las monarquías escénicas que se desplegaron en Europa entre 1870 y 1914. Para ello se centra en tres ámbitos: las grandes ceremonias monárquicas, en especial la jura de la Constitución; los viajes regios, que alcanzaron un desarrollo extraordinario; y los actos militares, entre los que destacaba la jura anual de banderas. A través de ellos, la corona se integró en un imaginario marcado por discursos y prácticas regeneracionistas, que consideraban al rey un motor imprescindible para la reconstitución de España tras el desastre colonial de 1898. Con menor pompa que otras coronas coetáneas, Alfonso XIII, calificado como el Regenerador, se convirtió en un símbolo nacional en el que diversos grupos sociales proyectaban sus expectativas. Sobre todo las élites locales, diversas asociaciones y un público heterogéneo que asistía a espectáculos de masas recogidos por los medios de comunicación. Estas representaciones contribuyeron a reforzar el papel político del rey, que, como la mayoría de los monarcas de su tiempo, disfrutaba de poderes constitucionales tan efectivos como polémicos.*

PALABRAS CLAVE: **Monarquía; Nacionalismo español; Alfonso XIII.**

* Este artículo forma parte del proyecto de investigación «Imaginario nacionalistas e identidad nacional española en el siglo XX» (HAR2008-06252-C02-02). Agradezco sus comentarios a los miembros del Seminario de Historia Contemporánea del Instituto Universitario Ortega y Gasset, de Madrid. Siglas: AGP RR AXIII: Archivo General de Palacio. Reinados. Alfonso XIII. AM: Archivo Maura

Alfonso *el Regenerador*. Performing Monarchy and Spanish Nationalist Imaginary, from a comparative perspective (1902-1913)

ABSTRACT: *This article studies the links between monarchy and Spanish nationalism in the first decade of Alfonso XIII's reign. It uses a comparative perspective to analyse the Spanish case in the context of the performing monarchies that emerged in Europe in the period 1870-1914. It focuses on three different aspects: the great monarchical ceremonies, specially the royal oath to the Constitution —or coronation—; the royal trips, extraordinarily developed; and the military ceremonies containing a strong nationalist meaning as the annual swearing of loyalty to the national flag by new soldiers. Through those performances, the crown was integrated in a national imaginary dominated by discourses and practices of regeneration of the fatherland in the aftermath of the colonial disaster of 1898: in such a regeneration, the king was thought as a necessary force. In fact, Alfonso was known as *el Regenerador* (the regenerator). At a lower level of pomp and splendor than other European monarchies, the Spanish king was perceived as a national symbol by different groups. Among them, local elites, various associations and the heterogeneous public of the royal spectacles, shown by the mass media. Those performances reinforced the political role of a king that enjoyed constitutional executive powers, like most of the European monarchs, and whose decisions were highly controversial.*

KEY WORDS: **Monarchy; Spanish Nationalism; Alfonso XIII.**

“Monarchy is not just about the niceties and secrecies and hypotheticals of constitutional behaviour; it is, or it ought to be, at least as much about imagination”.

David Cannadine¹

LA MONARQUÍA ESCÉNICA

Monarquía y nación pertenecen, en principio, a universos políticos diferentes: el de la tradición y el de la modernidad. La forma de gobierno del Antiguo Régimen, sustentada por una legitimidad que atendía a su origen divino, frente a la fuente casi ineludible de legitimación en los regímenes contemporáneos. Por decirlo así, la monarquía parece cosa del pasado y la nación inunda el presente. Sin embargo, ambas confluyeron y se hicieron compatibles durante buena parte de los siglos XIX y XX. En concreto, el último tercio del Ochocientos y los quince primeros años del Novecientos asistieron, en diversos estados europeos, al despliegue de una monarquía escénica, ceremonial o

¹ CANNADINE, 1998: 24.

teatral (*performing monarchy*)². En muchos casos, su éxito residió en su capacidad para representar a la nación, su continuidad histórica, su grandeza, su independencia y su unidad. Los poderes de los monarcas, más o menos limitados por las normas constitucionales, se atribuían a su función como intérpretes de la voluntad nacional. Las instituciones monárquicas se convirtieron en un ingrediente fundamental de los imaginarios nacionalistas y de los esfuerzos para difundir las respectivas identidades nacionales.

La literatura académica sobre el papel de las monarquías en la construcción nacional ha crecido de manera acelerada en la última década, pero hunde sus raíces en los años ochenta del siglo XX. Benedict Anderson, en su libro *Comunidades imaginadas* (1983), detectó la *naturalización* nacional de las dinastías a lo largo del XIX y la interpretó como una respuesta oficial a la amenaza de los movimientos nacionalistas³. En la misma línea, para Tom Nairn, autor de *El espejo encantado* (1988), la recreación de la monarquía británica preservó el poder de la oligarquía patricia y consagró una identidad conservadora⁴. Sin embargo, el trabajo más influyente en esta materia lo realizó David Cannadine al aplicar en 1983 el concepto de *invención de la tradición* a la monarquía británica⁵. Ya Arno J. Mayer, en *La persistencia del Antiguo Régimen* (1981), había constatado la relevancia de los grandes rituales monárquicos en la Europa anterior a la Gran Guerra, pensados para perpetuar un orden aristocrático⁶. Pero fue Cannadine quien acertó a describir cómo en Reino Unido, entre 1870 y 1914, se orquestaron toda clase de ceremonias con el fin de que la corona se popularizara, convertida en cabeza de la comunidad nacional y encarnación del imperio. Para ello se aprovecharon acontecimientos ya conocidos, como las coronaciones o los entierros reales, pero también se crearon otros nuevos, como los jubileos de oro y diamantes de la reina Victoria en 1887 y 1897. En un sistema político que transitaba del liberalismo a la democracia, la sociedad demandaba y aceptaba estas escenificaciones, difundidas por los medios de comunicación. Siguiendo los principios explicados por Walter Bagehot en su célebre obra *La Constitución inglesa* (1867), la monarquía, una de las piezas imponentes o solemnes (*dignified parts*) del entramado constitucional, perdía poder efectivo y ganaba en cambio facultades para despertar amplios consensos⁷. En esa misma época, las dinastías continentales, muy distantes de la británica en cuanto a su influencia política, competían con ella en pompa y esplendor.

² VAN OSTA, 2006.

³ ANDERSON, 1991: 83-111.

⁴ NAIRN, 1988: 115.

⁵ CANNADINE, 1992.

⁶ MAYER, 1984: 130-145.

⁷ BAGEHOT, 2010: 47-92.

La obra de Cannadine encontró un filón historiográfico que se ha visto ensanchado gracias al acercamiento entre la historia política y la historia cultural. Los historiadores de la política, ajenos durante mucho tiempo al giro culturalista que inundó la historia social, han aprendido a valorar el peso de lo simbólico⁸. Por ejemplo, a la hora de analizar las políticas de la memoria o el nacionalismo. Se han disuelto así anteriores recelos frente a los enfoques culturales, a la vez que éstos abandonaban excesos que los hacían incompatibles con la historia política. Hoy la mayoría de los especialistas acepta lo cultural como una dimensión más de la realidad política, no una estructura capaz de anular a los actores sino un campo de juego donde pugnan individuos y grupos, cada cual con sus propios intereses y estrategias. Un campo en el que el historiador encuentra discursos, pero también prácticas, y que exige buscar significados en sus contextos precisos. El estudio de las instituciones monárquicas, al integrarse en esta perspectiva, ha salido de su encierro en disquisiciones constitucionales o en narraciones biográficas, a menudo complacientes con los monarcas, y se ha enriquecido de un modo notable.

La proliferación de trabajos sobre la monarquía ha matizado algunos de los supuestos cannadinianos. Para empezar, su cronología, pues algunas investigaciones han situado el nacimiento de la monarquía ceremonial moderna en la primera mitad del siglo XIX, no en sus últimos decenios. O el uso de la fórmula «invención de la tradición», ya que fue escaso lo creado y se trató más bien de renovar o modificar tradiciones asentadas con anterioridad⁹. Queda a salvo la importancia, para las relaciones entre monarquía y nación, del intervalo 1870-1914. Una época en que florecieron los nacionalismos culturales y expansivos, en mitad del surgimiento de una política de masas que multiplicó el número y las dimensiones de los protagonistas de la vida pública y donde la prensa alcanzó un enorme relieve. Los regímenes monárquicos no tuvieron más remedio que legitimarse por medio del recurso a la nación, incluso en aquellos estados que conservaban moldes absolutistas, como demuestra la rusificación del imperio de los zares¹⁰. Al contrario de lo que ocurría medio siglo atrás, ya no valía cualquier rey para cualquier país, sino que los monarcas se identificaban con sus respectivas nacionalidades y se presentaban como sus padres, protectores y jefes militares, al servicio de sus demandas de progreso y de su grandeza en la arena internacional.

Naturalmente, Gran Bretaña sigue siendo el país mejor estudiado. Quienes se interesan por esta cuestión aún se preguntan por las razones del indudable arraigo de la corona en la isla y trazan su proceso de transformación. Los orígenes de la monarquía contemporánea pueden situarse en las guerras napo-

⁸ Véase, como muestra, BÖSCH y DOMEIER, 15/6 (Budapest, 2008): 577-586.

⁹ Uno de los historiadores más críticos con Cannadine ha sido KUHN, 1996.

¹⁰ WORTMAN, 2006: 245 y ss.

leónicas, que hicieron de Jorge III (1760-1820) una especie de tótem nacional¹¹. Pero, por lo general, se hallan en el largo reinado de Victoria (1837-1901), cuando la imagen de la corona mudó por completo: si al comienzo se veía con cierta sospecha, cuando tocaba a su fin se había convertido en emblema de la autoestima nacionalista¹². No obstante, el análisis de otras monarquías ha añadido complejidad a la materia. Un territorio particularmente rico es el de Italia, donde se ha asentado la idea de que la dinastía de Saboya representó un papel esencial en la configuración de la identidad nacional. En concreto, el mito de Víctor Manuel II (1861-1878) se equiparó con el de héroes populares como Garibaldi y su muerte dio pie a una oleada conmemorativa dedicada a exaltar al padre de la patria. Tanto su figura como la de su sucesor, Humberto I, fueron objeto de culto y la monarquía se reveló como un factor pujante de integración¹³. En Holanda, la casa de Orange se benefició de sus lazos con la independencia del estado y, desde los años noventa del XIX, encabezó festejos y ceremonias nacionales, más modestos que en otras latitudes pero muy eficaces¹⁴. El caso más original fue el de Austria-Hungría, donde el emperador Francisco José (1848-1916), aún más longevo que Victoria, encarnó en Austria un patriotismo supranacional, compatible con los diversos movimientos nacionalistas culturales¹⁵.

Estos y otros descubrimientos han modificado las impresiones iniciales acerca del fenómeno. Se ha calibrado la posibilidad de que se convirtieran en símbolos nacionales los monarcas con poderes políticos plenos, no sólo los despojados de ellos por los sistemas parlamentarios. Pero el cambio principal ha consistido en la presencia cada vez más visible de un amplio abanico de actores implicados en la metamorfosis de las monarquías. Frente a las visiones que sólo tenían en cuenta los planes elaborados por las cortes y las élites gubernamentales, de arriba abajo, se imponen las que subrayan la relevancia de las élites locales y de las iniciativas de la sociedad civil, de abajo arriba. Por otro lado, como ocurre en múltiples manifestaciones de la historia cultural, ciertos autores echan de menos un mayor interés por la recepción popular de los mensajes, difícil de captar¹⁶. A lo que podríamos añadir otras recomendaciones, como la de no olvidar la naturaleza problemática de los regímenes monárquicos. De cualquier manera, parece claro que la monarquía se ha instalado en el estudio de las culturas políticas.

Aquí se propone, con afán comparativo, incorporar el caso español a este conjunto de investigaciones sobre los vínculos entre monarquía y nación a lo

¹¹ COLLEY, 1992.

¹² WILLIAMS, 1997.

¹³ LEVRA, 1997. BRICE, 2010.

¹⁴ VELDE, 2006.

¹⁵ UNOWSKI, 2005.

¹⁶ OLECHNOWICZ, 2007.

largo del periodo citado, que coincide *grosso modo* con el de nuestra Restauración (1875-1923). Una etapa, crítica para el desarrollo de los nacionalismos y de la nacionalización en España, que hasta ahora no ha merecido mucha atención historiográfica desde este punto de vista¹⁷. Y hacerlo con énfasis en la década 1902-1913, la primera del reinado efectivo de Alfonso XIII (1902-1931), cuando coincidieron varias circunstancias cruciales, como la emergencia, al calor de una política más participativa, de grupos republicanos y de otros nacionalismos políticos, con el catalán a la vanguardia; y el fortalecimiento del españolismo, tras el desastre colonial de 1898, en forma de propuestas regeneracionistas. El joven rey fue parte de muchos de estos proyectos, no necesariamente coincidentes, que lo veían como *el regenerador* de la patria. Si los responsables de los partidos monárquicos intentaban legitimar el régimen constitucional, diversos sectores sociales y fuerzas locales confiaron en el monarca para cumplir sus objetivos. Aunque el actor que mostró un programa nacionalista más coherente y de mayor alcance, ligado a la corona, fue el ejército. No se trata de agotar aquí el tema, pero sí de explorar sus rasgos principales a través de tres manifestaciones: los ceremoniales monárquicos, los viajes regios y los actos militares. Los discursos y prácticas que se articularon en ellos señalaron los éxitos, los límites, y hasta los riesgos, de la conversión de la monarquía española en un símbolo nacional.

CEREMONIAS DE CORTE, FESTEJOS REALES

Hay algo en lo que todas las opiniones coinciden: para ser popular y nacional, la monarquía tenía que ser visible. Cuando Victoria de Inglaterra se recluyó, proliferaron las críticas y el republicanismo disfrutó de una efímera notoriedad¹⁸. Esta vertiente pública adquirió tanta relevancia que parecía la principal razón de existir de los personajes reales. Y en ella ocupaban un lugar sobresaliente las grandes ceremonias dinásticas, que adaptaban la etiqueta cortesana heredada del Antiguo Régimen o la reinventaban, pero ahora con un seguimiento detallado en medios de comunicación de masas como los diarios de gran tirada, la prensa gráfica y el cine. No importaba que resultaran anacrónicas: al revés, su arcaísmo daba brillo al espectáculo.

En la España de comienzos del siglo XX, la religión teñía las ceremonias de la corte con ritos que recordaban los de otras monarquías católicas. El calendario estaba pautado por las fiestas en que se celebraba capilla pública, cuando los reyes presidían una procesión por las galerías de palacio, donde

¹⁷ MORENO, 22 (Madrid, 2009): 159-184. HALL, 2005. Una aproximación preliminar a los temas que disecciona este artículo, en MORENO LUZÓN, 2007.

¹⁸ CRAIG, 46/1 (Cambridge, 2003): 167-185.

casi se rozaban con los espectadores. Se repetía dieciséis veces al año, pero durante la Semana Santa se le añadían otros rituales religiosos hasta asfixiar cualquier otra actividad. Durante esos días había cuatro capillas públicas y misas casi diarias; y el viernes santo se sumaban el luto, dos sermones, una procesión y las tinieblas. El jueves se organizaba el lavatorio y comida de pobres en el que los monarcas, rodeados de lujo cortesano, lavaban los pies a veinticinco menesterosos¹⁹. Pero eso no era todo. La familia real asistía al canto de la Salve los sábados en uno de los templos de real patronato, con idas y venidas por Madrid, y se asociaba a otros cultos marianos. Todo lo cual hacía que su presencia pública estuviera muy unida a la Iglesia católica. Lo mismo que en Austria, pese a que el emperador participara también en actos de otras confesiones, como las ortodoxas o la judía, profesadas por sus súbditos²⁰.

Esta estrecha vinculación entre monarquía y catolicismo podía indicar un déficit nacionalista de la corona española, demasiado apegada a la legitimidad de los reyes absolutos. Pero más bien denotaba su asociación con una de las versiones del españolismo, la que fundía la patria con la fe de la Iglesia²¹. Alabar al rey católico no significaba prescindir de su dimensión nacional, sino reafirmar una manera de ser español. Lo cual acercaba el caso de España al de otras dinastías que se ataban a un nacionalismo confesional, como las balcánicas. Aunque la tensión conceptual entre nación y universalidad católica la alejara un tanto de las que encabezaban iglesias nacionales, como la de Inglaterra. Con la diferencia añadida de que, en la escena española —al igual que en la italiana o la portuguesa— los lazos entre el estado y la Iglesia causaban profundas divisiones. De hecho, la primera década del siglo se caracterizó por el enfrentamiento entre clericales y anticlericales. En ese conflicto, Alfonso XIII se veía cortejado tanto por el catolicismo militante como por los ministros liberales. El monarca mantuvo todavía el equilibrio en el plano legal, pero en el simbólico ganó la partida la Iglesia, amparada por la confesionalidad del estado que fijaba la Constitución de 1876. Su predominio pudo constatarse en el congreso eucarístico de 1911, que ocupó Madrid en respuesta al gobierno liberal de José Canalejas. El rey, contra la opinión del presidente, asistió a la ceremonia de clausura, recibió a la procesión en palacio y acompañó luego al Santísimo Sacramento hasta el salón del trono, donde se arrodilló ante él mientras se ponía a España bajo el imperio divino. La prensa progresista se escandalizó ante aquel gesto humillante, propio de dictaduras reaccionarias²².

La monarquía española no creó nuevas conmemoraciones dinásticas para escenificar su grandeza. Esto la separó de la mayor parte de las casas reales

¹⁹ GONZÁLEZ CUEVAS, 2003. AGP RR AXIII C^a 8775/6.

²⁰ UNOWSKI, 2005.

²¹ ÁLVAREZ JUNCO, 2001: 433 y ss.

²² *El Liberal*, 14 de julio de 1911.

europas, inmersas en la búsqueda de ocasiones excepcionales, como los jubileos victorianos, los de Francisco José de Austria en 1898 y Guillermo II de Alemania (1888-1918) en 1913 o el tricentenario, ese mismo año, de los Romanov en Rusia. Nadie pensó que fuera necesario festejar el veinticinco aniversario de la Restauración o el bicentenario de los Borbones. Mejor se aprovecharon acontecimientos como los bautizos, bodas y entierros reales, aunque en ellos mandara un ceremonial que a menudo los encerraba entre los muros palaciegos y señalaba un corto recorrido por la capital a los cortejos fúnebres: el imprescindible para llegar a la estación de donde partía el tren para el monasterio de El Escorial. El nacimiento del heredero, en 1907, sí mereció tres días de fiesta nacional. En 1901, la boda de la hermana mayor de Alfonso XIII, Mercedes, desencadenó protestas en todo el país por las sospechas que recaían sobre el novio, hijo de un general carlista. Sin embargo, las honras fúnebres de esta princesa y de su hermana menor, María Teresa, fallecidas en 1904 y 1912, tuvieron un impacto favorable sobre la imagen de la corona, envuelta en el patetismo que enfatizaba el desconuelo de la familia. En 1904, la multitud irrumpió una y otra vez en el palacio real de Madrid para ver a la difunta, lo cual provocó varias cargas de las fuerzas de seguridad y algunos muertos²³. Poco antes, el entierro de la discutida reina Isabel II, abuela del monarca, se había realizado con discreción. Sólo la boda del propio rey, en 1906, dio lugar a grandes fastos.

Entre los ceremoniales más significativos figuraban aquéllos que representaban el principio de co-soberanía —o soberanía compartida entre las Cortes y el rey— que consagraba la Constitución. Ambas instancias ejercían el poder que emanaba de la nación²⁴. El primer ceremonial coincidía con la apertura del parlamento, como en el Reino Unido y en los Países Bajos pero con menor frecuencia, pues no se realizaba cada año sino sólo tras las elecciones. También la política parlamentaria tenía una vertiente teatral²⁵. Eran hábitos liberales, presentes desde 1834, según los cuales salía a la calle, de palacio al Congreso o al Senado, el impresionante tren de carrozas de la casa real, que los aficionados conocían a la perfección. En 1910 lo compusieron once coches con cargos palatinos, el de la reina madre, el de respeto y el que conducía al rey²⁶. Una vez en el salón de sesiones, el monarca leía el mensaje de la corona, donde se desgranaba el programa del gobierno que acababa de vencer en los comicios. De hecho, Alfonso XIII rara vez decía en público algo que no hubieran aprobado sus ministros, cuyo refrendo precisaba para cualquier

²³ VARELA, 1990: 163 y ss. *El Imparcial*, 19 de octubre de 1904. *La Monarquía*, 24 de septiembre de 1912.

²⁴ VARELA SUANZES-CARPEGNA, 2009: 59-65.

²⁵ VELDE, 2006.

²⁶ AGP RR AXIII C^a 15813/6.

acción constitucional. La apertura simbolizaba, mejor que cualquier otro evento, el régimen de la Restauración.

A la inversa, los días del santo y el cumpleaños del rey, y en algunas otras solemnidades, sendas delegaciones del Senado y del Congreso acudían a palacio para felicitarle. Aunque se produjeron variantes, en palacio había en esas fechas hasta cuatro recepciones: la parlamentaria, la general, la militar y la de señoras, además de un banquete. Los curiosos esperaban el paso de los personajes y tocaban las bandas. El monarca, vestido siempre de capitán general, concedía condecoraciones y —como en viernes santo y otras fechas— firmaba indultos. Una prerrogativa que a veces tuvo resonancias políticas, como cuando Canalejas los utilizó para difundir la imagen de un rey clemente. La corte vestía de gala también en los santos y aniversarios de la reina y del príncipe de Asturias. Ante la ausencia de una fiesta nacional en sentido estricto, como el primer domingo de junio —la fiesta del Estatuto— en Italia, en España la onomástica del monarca cada 23 de enero se erigió en la más importante del calendario oficial. Como ocurrió con el cumpleaños regio en el imperio británico o en Holanda. En las capitanías generales y los gobiernos de las provincias, al igual que en las embajadas, se organizaban recepciones a imagen y semejanza de las palaciegas. A ellas acudían las autoridades y fuerzas vivas locales, y se completaban con desfiles, funciones y reparto de dinero entre los pobres²⁷. En estas fiestas nacionales ondeaba la bandera española en los edificios públicos, iluminados por la noche, y cerraban centros de enseñanza y oficinas estatales.

Más allá de los rituales periódicos, que sublimaban el orden político y social, el reinado de Alfonso XIII se abrió con dos celebraciones extraordinarias, que contaron con significados mucho más ricos y con una insuperable atención por parte de los medios: la jura de la Constitución, al alcanzar el rey la mayoría de edad, y su boda con Victoria Eugenia de Battenberg, nieta de la reina Victoria. En ambas coyunturas, los liberales en el poder trataron de popularizar la monarquía y de ofrecer una buena imagen de España, el país que resurgía tras la derrota del 98. De modo que en ellas abundaron los mensajes nacionalistas, donde el joven monarca representaba un pasado glorioso y un futuro prometedor. Envuelto en la adhesión de su pueblo, debía ejercer como motor de la regeneración patria.

Madrileños y provincianos se volcaron en las celebraciones, haciendo de ellas un acontecimiento nacional. Según algunas fuentes, a los actos de la coronación asistieron dos tercios del medio millón de habitantes de la capital y unos 100.000 forasteros²⁸. Las calles se engalanaron con arcos triunfales, banderas nacionales y decoraciones, no sólo por parte de los centros oficiales

²⁷ *Abc*, 23 de enero de 1906 y 24 de enero de 1908.

²⁸ *Alrededor del Mundo*, 22 de mayo de 1902.

sino también de particulares. En la jura, y más aún para la boda, el desfile principal, centro de todas las miradas, estuvo marcado por la pompa cortesana, en la que los grandes de España, el escalón más alto de la nobleza, exhibían sus carruajes²⁹. Los asistentes podían burlarse de las viejas damas, pero el efecto, como reconocía la prensa republicana, era deslumbrante: «El brillo de las armas, centuplicado por un magnífico sol de primavera; la riqueza de trajes y uniformes (...) y el conjunto de la procesión, toda llena de resplandores y estrépitos solemnes, fascinaban a la vez que recreaban los ojos de la muchedumbre»³⁰. La aristocracia protagonizó otros números, como los bailes y veladas teatrales, la corrida de toros con caballeros en plaza o la investidura del monarca como gran maestro de las órdenes militares. Ninguna corte europea prescindía de este entorno, que ligaba a la corona con la escenificación del poder nobiliario. Sin embargo, los contenidos fundamentales de las ceremonias fueron otros.

La jura, en particular, desplegó ideas que fusionaban nación y monarquía. Para empezar, el historial dinástico de servicios a la patria. La prensa afecta repasaba las proclamaciones de los reyes españoles y recomendaba al recién llegado inspirarse en los mejores³¹. Pero el espejo en que debía mirarse Alfonso XIII era su propio padre, Alfonso XII, en torno al cual se había forjado un mito que lo adornaba con dos cualidades: la de pacificador, pues había puesto fin a las guerras civiles, y la de compasivo, preocupado por las desgracias de los españoles. Era asimismo el monarca fundador del régimen, un caso paralelo al de Víctor Manuel de Saboya³². No por casualidad, a Alfonso XII se consagró un gran monumento nacionalista en Madrid, basado en el Vittoriano de Roma, cuya primera piedra se puso en 1902: costeado por suscripción nacional, toda España —representada por sus provincias— rodeaba al rey, cuya estatua, de uniforme militar y a caballo, coronaba un airoso pedestal en alusión al elevado sentimiento patriótico que sustentaba la obra. En su recuerdo, Alfonso XIII quiso también que llevara su nombre la nueva orden civil dedicada a reconocer los méritos educativos, una preocupación regeneracionista. La unción dinástica tuvo su contrapunto en los homenajes a grandes españoles, como los que mostraban la exposición de retratos y las estatuas que levantó el alcalde con fines pedagógicos.

Establecidos los nexos con la historia dinástica y nacional, hacía falta definir el papel del monarca. Y aquí predominaban conceptos como novedad y juventud. El nuevo reinado traía una era de confianza en la regeneración de España, a la que aquel joven inyectaría vida. Las pruebas de que estas expec-

²⁹ HERNÁNDEZ BARRAL, 2006.

³⁰ *El Liberal*, 18 de mayo de 1902.

³¹ *Blanco y Negro*, 17 de mayo de 1902.

³² COLOMBO, 2004.

tativas se cumplirían se hallaban en la sintonía del pueblo con su rey, capaz de comunicarse con él sin intermediarios, como en la visita que giró a un barrio trabajador de Madrid para desvelar la estatua de Eloy Gonzalo, el humilde héroe de Cascorro en la guerra de Cuba³³. El entusiasmo desbordó las previsiones e hizo que se echaran en falta más fiestas populares. Al porvenir apuntaban también las primeras piedras de escuelas graduadas o la feria comercial; la modernidad se manifestaba aquí y allá, en las luces eléctricas o en campeonatos de fútbol y ajedrez. Y a esa nueva edad correspondía una intervención directa de Alfonso XIII, del que se ponderaban sus estudios y su patriotismo. Algo en lo que coincidían sectores muy distintos: si los católicos solicitaban de él la salvaguarda de la unión del trono y el altar; para los liberales dinásticos la monarquía debía impulsar el progreso. En la primera recepción oficial, Eugenio Montero Ríos, un veterano progresista, afirmó que «el pueblo ve en su joven Rey el instrumento que la Providencia nos reserva para emprender, al frente de la nación, la marcha por el escabroso camino que nos conduzca a las cumbres»³⁴. Era algo más que retórica.

Fuera de la capital, la coronación se celebró de diversas formas. Las autoridades locales procuraron que nadie se sintiera defraudado: recepciones, misas, paradas militares, banquetes, colgaduras e iluminaciones, alguna verbena, conciertos, fuegos artificiales y comidas para pobres. Muchas poblaciones vivieron un día festivo. En Palma de Mallorca, el capitán general brindó por «Don Alfonso el Regenerador»³⁵. Sin embargo, no hubo unanimidad. Algunos ayuntamientos de mayoría republicana se negaron a organizar festejos. En Barcelona, republicanos y catalanistas prefirieron aplicar el crédito previsto para solemnizar la jura a las fiestas patronales. El republicanismo, con un poder local en auge, aguaba la euforia monárquica, aunque lo hiciera en nombre de los mismos principios patrióticos, esta vez para culpar a las dinastías extranjeras, como los Austrias y los Borbones cuya sangre fluía por las venas de Alfonso XIII, de la decadencia española. Su acceso al trono no pasó desapercibido fuera de España, como una versión provinciana del de Eduardo VII de Inglaterra.

La boda real, en mayo de 1906, acentuó unos perfiles y atenuó otros. Fue un acontecimiento menos político y más cortesano que la jura. La prensa especuló acerca del aboengo de la novia, que la extrema derecha, antisemita e integrista, manchaba con antecedentes plebeyos y judíos³⁶. Pero Victoria Eugenia despertaba una admiración casi completa por su belleza rubia, que enorgullecía a la nación y auguraba una descendencia brillante. El relato se

³³ SERRANO, 1999: 203-226.

³⁴ Citado en *El Año Político (EAP)*, 22 de mayo de 1902.

³⁵ *El Imparcial*, 18 y 19 de mayo de 1902.

³⁶ *El Siglo Futuro*, 22 de enero de 1906.

redondeaba con el rey enamorado, nada que no hubiera recogido cualquier otra propaganda monárquica. En cuanto a la autoestima nacional, el matrimonio se relacionaba con la integración de España en el mundo, tras la época de relativo aislamiento que había conducido al Desastre. El país se aproximaba a la entente de Gran Bretaña y Francia, vecinos y potencias liberal-democráticas. La visita de príncipes extranjeros y el evidente patronazgo casamentero de Eduardo VII refrendaban este éxito internacional, atribuido al jefe del partido liberal Segismundo Moret. En los festejos se dejó sentir la hegemonía de la pompa aristocrática y religiosa, aunque se previeron más funciones populares que cuatro años atrás.

El cuento de hadas se interrumpió bruscamente a causa del atentado de Mateo Morral, un ácrata que atacó la comitiva regia y asesinó a una veintena de personas e hirió a un centenar. De inmediato, la prensa desmenuzó la masacre, siguió la investigación y pintó una imagen muy positiva de Alfonso XIII. No martirial, claro, aunque sí heroica. Porque el rey mostró una gran serenidad, protegió a la aterrorizada reina y pidió calma en mitad del caos. El luto suspendió algunos festejos. Pero al día siguiente los reyes salieron sin escolta a pasear en automóvil por Madrid, lo cual reforzaba esa impresión de valentía. En algunas ciudades hubo manifestaciones monárquicas³⁷. Los parabienes que llegaron a palacio se mezclaban con la indignación: religiosos, profesionales o empleados de la real casa hablaban de cómo Dios había protegido a los españoles. Un párroco gallego cantaba: «¡Despierta España! del sopor funesto, /que te ha hundido en pavorosa sima, /despierta de tu sueño y hazlo presto, /ya que parece haber quien te redima»³⁸.

De un modo u otro, el interés por estos eventos quedaba fuera de toda duda. Eran espectáculos para los que se construían tribunas y se pagaban asientos. Además de asistir a ellos, el público podía comprar los números especiales de las publicaciones periódicas —que alcanzaban tiradas de miles de ejemplares— y llevarse de recuerdo retratos de los reyes, jabones o vasos labrados, la parafernalia habitual en toda la Europa monárquica. Se extendía así una suerte de monarquismo banal³⁹. Y a los artículos y las fotografías que llenaban las páginas de la prensa se sumaba el cine, que en todo el continente familiarizó a los ciudadanos con la realeza. Las películas reprodujeron, en salas y barracas improvisadas, los desfiles de carruajes, las paradas militares y hasta los caballos desventrados por Morral. La boda fue un gran éxito cinematográfico⁴⁰. Entre las multitudes expectantes dominaban los vítores y aplausos. Había algo de catarsis en ellos, que los opinantes monárquicos in-

³⁷ *EAP*, 31 de mayo y 1 de junio de 1906.

³⁸ El párroco de Mao, en AGP RR AXIII C^a 16208/39.

³⁹ OLECHNOWICZ, 2007: 33, que utiliza un término inspirado por BILLIG, 1995.

⁴⁰ MONTERO DÍAZ, PAZ y SÁNCHEZ ARANDA, 2001.

terpretaron, de acuerdo con el *zeitgeist* regeneracionista, como «la manifestación de una esperanza en el porvenir, encarnada en el joven Monarca»⁴¹.

LA MAGIA DEL VIAJE REGIO

En todas las monarquías europeas, los viajes regios se convirtieron en instrumentos de nacionalización. Como los de Guillermina de Holanda (1898-1948), que desde niña recorrió el país y vistió trajes regionales; o los del *kaiser* Guillermo II, cuyas imponentes entradas militares conmovían las ciudades alemanas. Con estas visitas se pretendía que la población anudase lealtades y se sintiera parte de una comunidad política. En el tramo inicial del reinado de Alfonso XIII, las giras reales constituyeron el principal medio empleado para que la corona echara raíces. Como había hecho su padre al llegar al trono, pero con mayor ahínco y profundidad, el joven monarca dedicó mucho tiempo a conocer el país. Aunque hizo algunas excursiones anteriores, se movió de forma casi constante entre el verano de 1902, después de la jura, hasta la primavera de 1906, en vísperas de la boda; y luego de forma más distanciada. En sintonía con el regeneracionismo ambiente, don Alfonso tenía que hacerse cargo de las necesidades de todas las provincias para atenderlas. A su vez los españoles, las ciudades y las regiones por las que pasaba estrecharían sus vínculos con el estado nacional. En palabras del obispo de Mallorca, «la visita regia robustecerá y hará más expansivo y eficaz el principio firmísimo de nuestra nacionalidad española»⁴².

Esta estrategia resultaba necesaria para la mayoría de los políticos, aunque su promotor más convencido fuera el jefe conservador Antonio Maura, quien veía con claridad las ventajas de un rey viajero. En primer lugar, porque personalizaba, de un modo comprensible, el concepto de nación española: «Así como una mujer para elevar sus plegarias a la Virgen necesita de una imagen para formarse una idea de ella, así la idea de la Patria no está concebida sin el Rey»⁴³. De modo que la visibilidad de Alfonso XIII serviría para reconstruir, según la expresión de un maurista, «una nacionalidad que se ca(ía) a pedazos». En segundo término, la activación simbólica del rey correría paralela a otro de los objetivos de Maura: su desactivación como actor decisivo en la vida partidista, algo que no consiguió. Así, bajo su primera presidencia, en 1904, organizó un largo viaje por Cataluña, Baleares y Andalucía. Tanto duró, un mes y medio, que la prensa liberal criticó la cansina repetición de los

⁴¹ *EAP*, 17 de mayo de 1902.

⁴² Citado en *La Vanguardia*, 11 de abril de 1904.

⁴³ Discurso parlamentario citado en *EAP*, 21 de junio de 1907.

mismos números. El propio don Alfonso bromeó sobre la posibilidad de pedir a su patrón la jornada laboral de ocho horas⁴⁴.

De todos modos, el contacto con la gente agradaba al interesado, quien había asumido los afanes regeneradores y en sus consejos a Manuel II de Portugal (1908-1910) le recomendaba ir de un lado para otro con el fin de «mete(rse) en el bolsillo a todos los portugueses»⁴⁵. En los viajes destacaba la espontaneidad de Alfonso XIII, que despreciaba las precauciones y las barreras que lo separaban de sus súbditos. Al principio no era extraño verlo estrujado por la multitud. Joven rodeado de viejos, se empeñaba en llegar más allá que sus acompañantes, en mezclarse con el gentío, solo en su caballo, o en desembarcar cuando arreciaba un temporal. Y el público le correspondía con aplausos y ovaciones. Entre adornos que respunteaban los colores nacionales, las flores llovían sobre él y se soltaban palomas a su paso. Los cronistas destacaban el entusiasmo de las mujeres, con un deje machista que las consideraba tan bellas como presas de la emoción. Los estudiantes universitarios figuraban entre los espectadores incondicionales y los niños lo recibían agitando banderas. A veces se producían episodios pintorescos, como el encuentro con los gitanos de Granada o los campesinos de Salamanca. En definitiva, cundía la impresión de que el soberano y los españoles se comunicaban sin dificultad. En términos de un telegrama que envió el presidente del consejo en 1903, «Su Majestad ha estado constantemente entregado al pueblo»⁴⁶.

La organización de los viajes resultaba deficiente, sobre todo al comienzo, y sólo la experiencia trajo orden y mejores sistemas de seguridad. Las primeras visitas dieron lugar asimismo a choques entre los ministros y el entorno palatino del rey, que trataba de consolidar su preeminencia. Un incidente, en agosto de 1902, estuvo a punto de provocar una crisis de gobierno⁴⁷. Pero la corte perdió la partida y las autoridades civiles se hicieron con el control, de modo definitivo gracias a Maura. Los alcaldes, en una cuestión protocolaria que ocasionó conflictos, consiguieron acompañar al rey en su entrada a las poblaciones. Los gobernadores, en contacto con las demás autoridades, negociaban la agenda de acuerdo con el gobierno, que consultaba al monarca pero sostenía la batuta: fijaba los días, daba instrucciones generales y aprobaba el programa. En 1904, Maura se permitía responder personalmente a las peticiones que llegaban a palacio⁴⁸. Aunque de vez en cuando apareciera algún grande de España para cumplimentar al monarca, los cortesanos tuvieron un papel marginal.

⁴⁴ GONZÁLEZ HERNÁNDEZ, 1997: cita de Manuel Troyano, en p. 71.

⁴⁵ Citado por HALL, 2005: 106.

⁴⁶ *EAP*, 27 de junio de 1903.

⁴⁷ *EAP*, 19 de agosto de 1902.

⁴⁸ *AM*, L170/2 y 9.

El viaje regio seguía, por lo general, unas mismas pautas. Se trataba de un ritual bien establecido, cuya eficacia se fiaba a la repetición. Como en los ceremoniales madrileños, lo religioso era omnipresente. Lo primero que hacía el rey tras llegar a una localidad era asistir a un *Te Deum*, misa solemne de acción de gracias, una costumbre que la izquierda consideraba signo de clericalismo pero no se modificó⁴⁹. El monarca entraba y salía de los templos bajo palio, un privilegio que compartía con el Santísimo Sacramento, adoraba las reliquias, realizaba una ofrenda anual al apóstol Santiago —patrón de España— y aceptaba el nombramiento de hermano mayor de cofradías religiosas. Y ofrecía bastones de mando a las vírgenes locales, símbolo de su sometimiento al poder de la Iglesia. Junto al religioso, otro capítulo fijo era el militar, con visitas a las instalaciones castrenses, que podía abarcar la mitad del programa.

En cuanto al poder civil, los viajes incluían recepciones a los alcaldes y a diversas corporaciones que rendían pleitesía al jefe del estado. Los grandes notables o caciques, esenciales en el sistema político de la Restauración, desempeñaban funciones decisivas. Personajes como Fernando Merino en León o el marqués de Marianao en Tarragona, responsables de las visitas. La Casa Larios, encabezada por un diputado y un senador, financió los gastos de la de Málaga en 1904⁵⁰. Como han puesto de relieve las investigaciones sobre Italia, las élites locales eran las primeras interesadas en las giras reales, por las que competían y presionaban⁵¹. Con ellas reafirmaban sus atribuciones como intermediarias entre los ciudadanos y el estado. A lo que se sumaba el apoyo de la sociedad civil. De vez en cuando había procesiones cívicas, manifestaciones de unidad en torno a la monarquía, y las crónicas enumeraban los asistentes a cada acto, para que todos se vieran reconocidos⁵². Diversas asociaciones —como los clubes deportivos— ofrecían al monarca su presidencia honoraria. Y los bailes y trajes regionales, como los poemas que se recitaban ante él, enaltecían la identidad local, concebida como una vía de acceso a la nacional. Cuando llegaba el rey, se le mostraba y ofrecía todo lo que la ciudad atesoraba. Se engalanaban calles y casas, se erigían arcos y pabellones efímeros. Había un cierto efecto *Potemkin*, que ocultaba las miserias, pero una gran cantidad de energías, las de los sectores dominantes de cada localidad, se ponía al servicio de la recepción.

Entre las gentes que se acercaban a don Alfonso podían distinguirse varias actitudes. No era raro encontrarse con la atribución al rey de un aura sagrada, que lo asimilaba a un santo o a un sacerdote, como en los paisanos que se arrodillaban y santiguaban o le pedían su bendición. En Canarias, la gente

⁴⁹ Discurso parlamentario de José Canalejas, citado en *EAP*, 11 de septiembre de 1904.

⁵⁰ URBANO, 2000.

⁵¹ KORNER, 2008: 197 y ss.

⁵² AMIGUETI, 1904.

colocaba su fotografía junto a las estampas religiosas y, con un toque supersticioso, compraba trozos de un espejo roto durante la visita⁵³. También se producían puras adhesiones nacionalistas, como la de las cigarreras de Sevilla, que declaraban lo siguiente: «españolas con alma y vida, aman a su Rey con el noble corazón de la mujer española, y por eso, al honrar Vuestra Majestad nuestra casa con su visita, no queremos presentarle más memorial que el siguiente: ¡Viva España! ¡Viva Alfonso XIII!»⁵⁴. Algunas calles se bautizaban con su nombre. Pero lo que más abundaba era la petición de favores, relacionados en su mayor parte con las administraciones públicas. Incluso la princesa Victoria Eugenia, camino de su boda, se vio abrumada por los peticionarios. Se entregaban memoriales al rey para solicitar el cobro de una pensión, un indulto o el impulso de cualquier expediente burocrático. Un individuo rogaba, con franca sencillez, que «el gobernador o el alcalde lo coloquen». Las instancias no caían en saco roto, sino que el gobierno las clasificaba y tramitaba en los departamentos ministeriales correspondientes⁵⁵. La cultura clientelar, que impregnaba las relaciones de los españoles con el estado, llenaba legajos en el archivo de palacio. Algo parecido a lo que ocurría en Italia, que ha permitido sostener la existencia de un clientelismo real⁵⁶. Estos favores implicaban lealtad al monarca, aunque también condicionaban ésta al resultado de las recomendaciones. Una forma persistente, aunque frágil, de integración nacional.

Y no se trataba sólo de favores individuales, sino que los viajes regioes se contemplaban como un medio de obtener logros colectivos, que a veces se concedían antes de la visita para asegurar la buena acogida. Era una motivación muy fuerte. Por ejemplo, el alcalde gaditano publicó un bando que sentenciaba: «nosotros sólo podemos desear y decir ¡Viva el Rey!, y él puede hacer que Cádiz viva»⁵⁷. Un arco triunfal levantado en Granada enumeraba: «Pantanos.- Caminos vecinales.- Carreteras.- Canales.- Escuela de agricultura.- Ferrocarril a Alcaudete.- Ferrocarril a la costa.- Puerto en la costa»⁵⁸. Dinero para remediar el paro, zonas neutras portuarias o protección económica. El monarca que iba a regenerar España comenzaba por comprometerse con las necesidades locales, bajo la idea implícita de que poseía una gran influencia sobre el gobierno. Resulta complicado saber si aquellos deseos se cumplían, aunque hay indicios de que algunos pueblos obtuvieron lo que pedían⁵⁹. A

⁵³ MELIÁN GONZÁLEZ, 2001: 109-111.

⁵⁴ Citado en *EAP*, 9 de mayo de 1904.

⁵⁵ AM L148/1.

⁵⁶ BRICE, 2010: 66 y ss.

⁵⁷ GAONA, 1904, p. 6.

⁵⁸ Citado en *EAP*, 29 de abril de 1904.

⁵⁹ *La Monarquía*, 1 de junio de 1912, con el agradecimiento de pueblos sorianos por haber recibido favores.

la vuelta de la gira por Canarias, el consejo de ministros aprobó una memoria con todas las mejoras previstas, premio al patriotismo demostrado por sus habitantes que aseguraba la españolidad de las islas⁶⁰.

El interés por las obras públicas superaba las consideraciones materiales, puesto que se perfilaba la imagen de una monarquía ligada al progreso nacional. Cuando el rey daba inicio a las reformas urbanas transmitía un mensaje inequívoco: como afirmaba un político dinástico en Málaga, «un rey joven que empuña la piqueta demoledora, constituye un gallardo símbolo de Monarquía liberal»⁶¹. Con el tiempo menudearon los viajes para inaugurar o revisar infraestructuras. Ese énfasis en la modernización económica se volcaba asimismo en visitas a industrias, con frecuencia propiedad de los oligarcas de la zona. En las empresas, el monarca solía recibir el tributo de los trabajadores deferentes, condecorados para consagrar su condición de patriotas y su rechazo a la subversión sindical. Los vivas al rey de los obreros se oyeron en minas y fábricas, y ni siquiera entre los jornaleros sevillanos, castigados por el hambre, hubo incidentes. Por otro lado, don Alfonso mostraba una verdadera pasión por la agricultura, cimiento, decía, de «una patria poderosa y respetada», al estilo de lo predicado por el intelectual regeneracionista por excelencia, Joaquín Costa⁶². El patrimonio real participó en las exposiciones regionales y nacionales, como las de Zaragoza en 1908 y las de Santiago de Compostela y Valencia en 1909 y 1910, que seguían modelos extranjeros. En la valenciana, el monarca estuvo hasta en tres ocasiones y tuvo recibimientos espectaculares. Eran fiestas de la paz y el trabajo, que encajaban a la perfección en los discursos que arrancaban del progreso local para alentar la recuperación de España.

Podrían hallarse otros significados sobresalientes en los viajes. Como el que contenía la beneficencia, pues también en España, como en otros países, avanzó la *welfare monarchy*⁶³. Nunca faltaban las visitas a hospitales o las comidas para pobres, en «un verdadero pugilato de caridad»⁶⁴. El rey compasivo visitó zonas inundadas, presidió asociaciones benéficas y hasta proyectó casas para obreros. Aunque Alfonso XIII no se inclinó tanto como su padre por esta vertiente, lo cual le valió reproches, y dejó el asunto en manos de las mujeres de la familia real. Del mismo modo, el viaje regio suponía, como los grandes ceremoniales, un espectáculo publicado, fotografiado y filmado; y un negocio que animaba la economía local. La presencia del rey motivaba la edición de folletos conmemorativos y guías urbanas para los forasteros que nu-

⁶⁰ *Viaje de S.M. el Rey a Canarias*, Madrid, 'Gaceta de Madrid', 1906.

⁶¹ URBANO, 2000: 54.

⁶² *EAP*, 25 de junio y 12 de septiembre de 1903 (cita).

⁶³ PROCHASKA, 1995.

⁶⁴ Gobernador civil de Granada a Antonio Maura, 29 de marzo de 1904, AM L170/9.

trían el negocio emergente del turismo. Varias localidades costeras compitieron por el veraneo regio.

Desde el punto de vista de los lazos entre monarquía y nacionalismo, importaba la reactualización del pasado. Algo corriente en todas las coronas, y de forma muy destacada en la de Alemania, donde Guillermo II se presentaba como heredero de las glorias del pueblo germano⁶⁵. En España, el joven Alfonso renovó los títulos de sus antepasados, ocupó una canongía en la catedral de León y recibió el anillo de Pedro I de Aragón ante su tumba. Se paseó también por las vicisitudes de la nación en tiempos más recientes, con homenajes a los generales liberales de la guerra carlista, y contribuyó a no pocos monumentos de glorias literarias. En 1912 compró en Valladolid la casa que había habitado Miguel de Cervantes para convertirla en museo. Y procuró vincularse a los grandes hitos de la historia españolista, construida durante el siglo XIX y envuelta durante aquellos años de regeneracionismo en una oleada conmemorativa. Como el holocausto de Numancia ante los romanos, símbolo de la resistencia ancestral contra los invasores, cuyas ruinas visitó varias veces. O la Reconquista frente a los musulmanes, a cuya cuna —las montañas de Covadonga, en Asturias— acudió nada más comenzar el reinado. Pero, sobre todo, tomó parte en los múltiples episodios locales del centenario de la Guerra de la Independencia, la epopeya española contra Napoleón. Contra el parecer del gobierno Maura, presidió todos los actos que dedicó Madrid al Dos de Mayo de 1808. Y en Zaragoza, centro neurálgico de las celebraciones, inauguró estatuas erigidas a las heroínas de los sitios y trasladó sus restos mortales. Más aún, la corona se sumó a las fiestas centenarias de las independencias americanas con el envío de una delegada personal del rey, su tía la infanta Isabel, a Buenos Aires en 1910, participación paradójica que servía de respaldo a la gran empresa cultural del nuevo españolismo: la hispanoamericana. Todo ello, como dijo don Alfonso en la academia militar de Toledo, lo hacía por «la dama de nuestros pensamientos, por el objeto de nuestros amores, de los amores de todos, por España»⁶⁶.

La capacidad nacionalizadora de la monarquía se puso a prueba en aquella zona donde los movimientos nacionalistas rivales del españolismo se habían desarrollado más, es decir, en Cataluña. Barridos por la política de masas los partidos gubernamentales, en Barcelona dominaban el panorama dos grupos reticentes a la corona y a su carácter nacional: los republicanos y los llamados regionalistas. Por eso, y por la amenaza de atentados, dentro y fuera de palacio se consideraba demasiado peligroso prolongar hasta allí los viajes reales. Pero Maura quiso llevar al rey a las provincias catalanas y lo hizo en repetidas ocasiones, una en 1904 y dos en 1908. En su opinión, no podían aceptarse

⁶⁵ FEHRENBACH, 1982.

⁶⁶ MORENO LUZÓN, 12 (Madrid, 2004): 41-78. La cita, en *EAP*, 14 de julio de 1908.

territorios vedados a la presencia regia, que valdría para reintegrar voluntades. Las giras se prepararon con cuidado, lo cual implicaba comprar anarquistas y tal vez algunos aplausos, y fueron todo un éxito. Bajo la atención expectante de los medios, ante el monarca se decantó un público entusiasta que formaba la Cataluña de orden, católica y burguesa, contraria a las izquierdas anticlericales —radicales o libertarias— y temerosa de las bombas. La que acaudillaban personajes como el marqués de Comillas, amigo del rey, y representaba mejor que nadie la institución del somatén, antigua guardia rural recuperada con fines represivos. En un acto de imbatible contenido simbólico, Alfonso XIII fue recibido en Montserrat, santuario de la patrona de Cataluña, por una concentración de 16.000 somatenistas armados, a los que se otorgó la condición de autoridad gubernativa, y puso la primera piedra del monumento a los héroes del Bruch, una de las contribuciones catalanas a la guerra contra el francés⁶⁷.

En los viajes del rey a Cataluña latía un enfrentamiento entre distintas concepciones del estado y del trono. Entre los monárquicos conservadores rondaba la idea del rey como cabeza de una unión dinástica de todos los reinos o regiones de España, una entidad nacional más política que étnica. Como el Reino Unido, donde la monarquía se adecuaba a esa identidad polivalente, más fría que las de Inglaterra o Escocia, cálidas y emotivas⁶⁸. En España también existía una comunidad cultural dominante, la castellana, que tendía a confundirse con la española como la inglesa con la británica, aunque se hubiera subsumido en ella con más fuerza. El catalanismo de derechas se aproximaba a esta visión pero pensaba en varias naciones, no en una única nación política, y soñaba con una estructura confederal cuyo modelo era el imperio austro-húngaro. Si el emperador de Austria era a la vez rey de Hungría, el rey de Castilla podía actuar como conde de Barcelona. Y como tal le trataban, cuando tomó posesión de su canongía en la catedral o en su visita al monasterio de Ripoll, panteón de los condes. En cualquiera de los dos supuestos, se demandaba a Alfonso XIII un papel activo en defensa de Cataluña, que, por encima de las rencillas políticas, obtuviera el reconocimiento de su singularidad. «Un buen servidor propone; un buen Rey elige; un mal Rey obedece», resumía un diario monárquico barcelonés⁶⁹.

Los catalanistas insistieron, una y otra vez, en que don Alfonso hablara en catalán. Era un elemento simbólico de primera importancia, como en Bélgica, donde los flamencos presionaron también a sus monarcas para que emplearan el neerlandés. Con mejor fortuna que los catalanes, quizá porque allí compo-

⁶⁷ *La Vanguardia*, 11 de abril de 1904.

⁶⁸ KUMAR, 2003.

⁶⁹ *La Vanguardia*, 7 de abril de 1904.

nían la mayor parte de la población⁷⁰. El rey de España, pese a que prometió estudiarlo y se complacía en escucharlo, nunca lo utilizó en un discurso. En el otro extremo del arco nacionalista, los círculos liberales de Madrid esperaban que los viajes regios a Cataluña contribuyeran a renacionalizar la región, pues no consentían que se constituyese en el equivalente español a la Irlanda del Reino Unido o a la Polonia del imperio alemán. La popularidad del monarca significaba para ellos que la patria seguía intacta. Pero las aproximaciones al catalanismo desembocaron en una batalla política en la que los liberales españoles achacaron a los conservadores efectos contraproducentes: Maura, afirmaba un diario, «no ha logrado que el catalanismo se haga monárquico y ha impuesto a la monarquía que se haga catalanista»⁷¹. Por otro lado, el catalanismo se dividió al respecto, como también pasó con el incipiente nacionalismo vasco, donde un ala moderada siguió la senda catalana y habló de monarcas que eran a la vez señores de Vizcaya.

La corona española mostró en todos estos viajes una notable capacidad de atracción, pues múltiples actores reflejaban en ella sus propios valores. Triunfó también allí donde la vida pública estaba controlada por sus enemigos, como en Estella, la capital carlista de Navarra, o en la Valencia republicana. Los éxitos interiores se doblaban con los exteriores, sobre todo con los que en París y Londres daban la bienvenida al representante de una nueva España. Pero, ¿hacía esto más fuerte a la monarquía española? ¿Cómo explicar que en las mismas ciudades donde aclamaban al rey vencieran, en elecciones inmediatas, los contrarios al trono? Había protestas de los republicanos ante las visitas regias, y si los de Barcelona convocaban mítines los malagueños pedían pan y trabajo para los obreros. Aunque las quejas resultaban pequeñas ante las dimensiones de la acogida. Según la prensa oficialista, en cada viaje se demostraba que había una amplia opinión monárquica, no sólo de mujeres, nobles, funcionarios y clericales sino también de industriales, obreros y agricultores⁷². Pero el caso es que esa opinión no se movilizaba para acudir a las urnas urbanas. Podría argumentarse que las adhesiones resultaban superficiales, que la puesta en escena de la monarquía escénica era tan sólo un entretenimiento. Pero también que los monárquicos carecían de organizaciones capaces de encauzar ese sustrato ciudadano hacia la participación electoral. Lo que parece indudable es que, al menos para los sectores adictos, el monarca se presentaba con éxito como ariete de las aspiraciones nacionales. Según el conservador Francisco Romero Robledo, era «España la que avanza encarnada en vuestra augusta persona»⁷³.

⁷⁰ WIJNGAERT, BEULLENS y BRANTS, 2002.

⁷¹ *El Imparcial*, 27 de octubre de 1908.

⁷² *Diario Universal*, en *EAP*, 16 de mayo de 1904.

⁷³ Cita en *EAP*, 17 de mayo de 1905.

UNIFORMES Y BANDERAS

Si en las grandes ceremonias y en los viajes regio los mensajes nacionalistas convivían con otros contenidos, había un ámbito en el que el nexo entre monarquía y nación carecía de toda ambigüedad: el militar. Alfonso XIII fue educado como un soldado, en los campamentos se sentía entre los suyos y hasta su dormitorio tenía un aire cuartelero. Como otros monarcas de su tiempo, se reservaba el papel de jefe de las fuerzas armadas, que la Constitución le atribuía y él se tomaba muy en serio. Era, junto a la política exterior, el último reducto de los reyes, incluso allí donde su poder había menguado más. Como en la Gran Bretaña de Eduardo VII, un modelo para don Alfonso⁷⁴. Pero en España este papel tenía repercusiones políticas muy hondas. Algunas de las primeras crisis ministeriales del reinado, llamadas *orientales* porque tenían su origen en el palacio de Oriente, se debieron a desacuerdos con los gobernantes en esta clase de asuntos. Es más, en los conflictos que surgieron entre la milicia y el poder civil, recrudescidos tras la derrota del 1898, el rey se puso siempre del lado de aquélla⁷⁵. Cuando en 1905 la guarnición de Barcelona asaltó las redacciones de dos periódicos catalanistas, respaldó el cambio de presidente para ceder los delitos contra el ejército a los tribunales castrenses. Pues los militares, muy sensibles en el terreno simbólico, se erigieron en custodios de la unidad patria. Al igual que Víctor Manuel II de Italia o el káiser, Alfonso XIII se colocó al frente de una corporación empeñada en nacionalizar el país y recuperar sus glorias.

Desfiles, revistas, maniobras y constantes visitas a barcos, arsenales y academias menudearon en el calendario regio. Desde la jura, cuando se dirigió a sus compañeros de armas para encargarles la felicidad de la patria, don Alfonso, casi siempre de uniforme como su padre, se identificó con el ejército. Sus funciones alcanzaron un nuevo significado cuando, a partir de 1909, los compromisos exteriores condujeron a la guerra en el norte de Marruecos. La real familia se volcó en ella: el rey condecoró y visitó a los heridos, la reina entregó dinero a las familias de los muertos y mutilados, algunos de sus miembros se incorporaron a filas. Los monarcas participaron asimismo en campañas para recordar los episodios heroicos africanos, en los que sobresalía el del cabo Luis Noval, inmolado en una acción suicida y convertido en el héroe popular de la contienda, heredero directo de *Cascorro*. Sobre él se publicaron dramas y oraciones fúnebres, se le dedicaron calles y cuadros. Y no sólo honró su memoria Oviedo, su ciudad natal: durante uno de sus viajes a Valencia, el monarca, entre manifestaciones españolistas de los estudiantes, puso la primera piedra de un monumento. En Madrid, el impulso provino del

⁷⁴ HEFFER, 1998.

⁷⁵ BOYD, 1990.

periodista liberal Mariano de Cavia —incansable patrocinador de empresas nacionalizadoras— y lo recogió una junta de damas aristocráticas que amadrinó doña Victoria. El rey eligió el emplazamiento de la estatua, en un lateral de la plaza de Oriente, para que hiciera pareja con la erigida en el extremo opuesto a un segundo héroe de África, el capitán Melgar. Pues jefes y oficiales recelaban del culto al cabo, del que, en opinión de un capitán general, «se est(aba) abusando»⁷⁶. Alfonso XIII inauguró ambas.

La política expansionista en Marruecos, propugnada al comenzar los años diez por los gobiernos liberales para no dejar vía libre a las ambiciones de Francia, aumentó la implicación del monarca. Canalejas lo llevó en 1911 a Melilla, donde ya había estado en 1904, para repartir honores y prometer mejoras a las cabilas amigas. El rey demostró que conocía al dedillo las operaciones y los discursos enfatizaron la indisoluble unión de patria y monarquía. A su vuelta, en la fiesta de su onomástica, el presidente del Senado —otra vez Montero Ríos— lo comparó con el emperador Carlos V y le atribuyó el sobrenombre de *el Africano*. Definía así una de las empresas nacionalistas del reinado, la de poner a España en el mapa internacional, en un lugar secundario pero visible dentro del marco mediterráneo, dotándola de un pequeño imperio al otro lado del estrecho de Gibraltar. Propósitos que tropezaron con la impopularidad de la guerra, que la izquierda achacaba a los turbios negocios de la oligarquía, aunque los triunfos atenuaran las protestas. La corona se cargó de connotaciones guerreras e imperialistas. En sus intervenciones públicas, Alfonso XIII se veía como cabeza de un ejército «que da su sangre por la Patria, civilizando lejanas tierras»⁷⁷.

Después del 98, y ante los desafíos catalanistas, los militares, de un modo aún más pronunciado que otros grupos sociales, alentaron tareas nacionalizadoras a las cuales se unió la monarquía. A través de organizaciones como el Tiro Nacional, fundada en 1900, que aspiraba a formar ciudadanos expertos en el manejo de armas y presidía el rey. O de otras dirigidas a niños y jóvenes, como los batallones escolares que observaba divertido el monarca en sus viajes o, más adelante, la asociación clave de los Exploradores de España, establecida en 1912 por un oficial y después ayudante de Alfonso XIII que contó con su apoyo para expandirla con fines patrióticos. Había que seguir el ejemplo de Alemania o de Japón, donde se inculcaba a la juventud el amor a la patria y al emperador. Y, ante las deficiencias del sistema escolar en España, hacer del cuartel un vivero de patriotas. De ahí el interés creciente por la enseñanza de los reclutas. A la altura de 1909 se dedicaba un día a la semana, en el último mes de instrucción, a adoctrinarlos con historias heroicas⁷⁸. Los

⁷⁶ Cita del conde del Serrallo, 14 de octubre de 1912, AGP RR AXIII C^a 16264/5.

⁷⁷ Cita en *EAP*, 20 de junio de 1913.

⁷⁸ Sañudo, José, *Compendio de instrucción militar*, Santander, 1909 (2^a ed.).

métodos pedagógicos actualizados recomendaban estimular los lazos emocionales con la nación y con el rey, «como continuación del amor patrio»⁷⁹.

La mejor expresión de estas preocupaciones se hallaba en la ceremonia de la jura de banderas, que se desarrolló de un modo extraordinario entre 1903 y 1913. Los medios castrenses fomentaron el culto a la enseña nacional con planes para que se le cantaran himnos. Pero nada superaba la mística del juramento, en el que los reclutas juraban a Dios y prometían al rey seguir sus banderas y derramar por ellas hasta la última gota de su sangre. Esta fórmula del siglo XVIII se pronunciaba dentro de los cuarteles hasta que una orden, inspirada por el modelo alemán, la sacó a la calle en 1903. Desde entonces, todas las ciudades con guarnición debían celebrarla en un lugar público destacado. La norma señalaba, además, el modo de hacerlo, preñado de connotaciones religiosas. La familia real se asoció a ella de inmediato: en sus giras, Alfonso XIII asistió a muchos de estos eventos, mientras las reinas, además, bordaban estandartes y abrían suscripciones para dotar de ellos a la armada. El acto central de la jura tenía lugar cada año en Madrid, presidido por el monarca, que revistaba tropas, asistía a la misa —donde se rendían armas y se tocaba la marcha real en el solemne momento de alzar a Dios— y presenciaba, y a veces encabezaba, el desfile. Las demás ciudades seguían esta misma pauta, que adquirió especial relieve en Barcelona pese a los atentados ocasionales. A veces se acompañaba de funciones teatrales y conciertos de bandas militares, para acentuar su carácter festivo. En general, y aunque hubo algún incidente, el clima era de regocijo en torno al espectáculo.

La jura de banderas no dejó de crecer en importancia y llegó a asemejarse a una auténtica fiesta nacional. Ganó en orden y en impacto escenográfico, con grandes altares, tribunas para corporaciones y asistencia de obreros y estudiantes. En 1911 participaron en la de Madrid 17.000 reclutas. Se proyectaban en los teatros películas que mostraban lo ocurrido y seguían los movimientos de la familia real. Además, la guerra africana le añadía una emoción indudable, pues los soldados podían morir en el frente, y la aprobación de la ley del servicio militar obligatorio en 1912, por una mayoría liberal canalejista, le dio el empujón definitivo. Ahora se mezclaban en las formaciones miembros de todas las clases sociales, aunque los soldados de cuota pudieran reducir —mediante pago— el tiempo en filas. El ejército español se acercaba a otros del continente y se parecía más a un ejército nacional, una reivindicación histórica de la izquierda. El gobierno Canalejas anunció que todas las juras se harían en la misma fecha, equivalente a una fiesta nacional. Ese designio no llegó a realizarse, pero los medios españoles ya la consideraban como tal⁸⁰.

⁷⁹ Rodríguez, Luis, *Teoría de la educación e instrucción del recluta*, San Sebastián, 1907, p. 120.

⁸⁰ *Abc*, 30 de abril de 1911, 24 y 25 de marzo de 1912 y 12 y 15 de abril de 1913.

Los monárquicos fantaseaban sobre el efecto nacionalizador que tendría este espectáculo tan emotivo sobre quintos pueblerinos que, al besar la bandera, se transformarían en patriotas: «un fuego intenso le abrasaba, le hacía palpar, le inflamaba de ardor, de entusiasmo hacia la enseña bicolor, ayer indiferente para él, hoy visión adorada para su pecho de soldado», decía un cuento de María Echarri⁸¹. En algunas guarniciones se repartían cartillas conmemorativas del día de la jura con alusiones nacionalistas a la monarquía: «El que quiera a su Patria, tiene que empezar por querer del mismo modo a su Rey, que la representa. Si muere por su Patria, debe morir por su Rey»⁸². Un militar llamado —quizá intencionadamente— Augusto C. de Santiago y Gadea, vendió numerosas ediciones de su «catecismo patriótico» *La jura de bandera*, recomendado tanto en los regimientos como en las escuelas y dedicado al monarca que laboraba por la regeneración de España⁸³. Un monarca que cultivaba esa imagen militar, activa y viril, de valentía bregada en situaciones difíciles. Cuando volvía de la jura anual el 13 de abril de 1913, en la calle de Alcalá de Madrid, Alfonso XIII sufrió un nuevo atentado: un anarquista disparó contra él, pero no acertó porque el rey le echó el caballo encima. El público reaccionó con indignación —casi lincha al terrorista— y estalló en aclamaciones al jinete. La identidad entre corona y patria parecía más firme que nunca. Como la de un joven káiser, reconfortado por el calor de su gente. El liberal y antiguo republicano Luis Morote escribió: «ya no es sólo Monarca por el derecho reconocido en la Constitución, sino por un afecto íntimo y acendrado de su país, que reconoce sus altísimas cualidades»⁸⁴.

EL CENTRO DE LA POLÍTICA

En los años previos a la Gran Guerra, la monarquía española compartió algunos rasgos de las monarquías escénicas que, en la Europa coetánea, se asociaron con sus respectivos imaginarios nacionalistas. Con menor énfasis que otras coronas en los grandes acontecimientos de masas, la de Alfonso XIII protagonizó no obstante algunos espectáculos con amplias repercusiones, como la jura de la Constitución o la boda real, que contenían mensajes españoles. Como la mayor parte de los monarcas de su época, don Alfonso se lanzó a recorrer el país en visitas que combinaban los favores localistas con la nacionalización monárquica, de un modo distinto y problemático allí donde había crecido un nacionalismo propio como en Cataluña. Las élites locales,

⁸¹ María Echarri, «¡Sí, juro!», *Blanco y Negro*, 14 de diciembre de 1907, cita en p. 5.

⁸² *La jura de la bandera*, Madrid, 1913. La cita, en pp. 15 y 16.

⁸³ Santiago, Augusto C. de, *Catecismo patriótico. La Jura de Bandera*, Madrid, 1911 (8ª ed.).

⁸⁴ Luis Morote, «La serenidad regia», *La Monarquía*, 19 de abril de 1913.

deseosas de reafirmar su papel de intermediarias ante el poder central, se mostraron especialmente activas durante los viajes. En todos los territorios el rey recibió la adhesión de múltiples sectores, del mundo oficial pero también de numerosas asociaciones y de un público heterogéneo, más afecto en los ambientes rurales y provincianos o entre las clases medias y acomodadas de perfil conservador. Cada cual, de abajo arriba, proyectaba sobre el monarca sus propios valores. La imagen del trono, símbolo de la patria para los medios adictos, estaba invariablemente fundida con la Iglesia católica y se identificaba con el orden político y social, aunque también con el progreso económico. Pero donde mejor podía contemplarse la amalgama de nación y monarquía era en los actos militares, más aún tras el estallido de la guerra en África, pues el ejército asumió con nitidez la tarea de nacionalizar a los españoles y el rey participó en ella.

De modo que, como otras dinastías, la española se integró en el discurso nacionalista hegemónico de su tiempo. Si en Italia se trataba de consolidar una nación recién unida, en Alemania se sumaba a este objetivo el de convertirla en una gran potencia militar y económica. Mientras tanto, Reino Unido se embarcaba en la sublimación de un nacionalismo imperial y chauvinista⁸⁵. En España, la mayoría de las manifestaciones nacionalistas se adaptaron al relato de la regeneración patria después del Desastre, un relato que implicaba admitir que la nación se hallaba sumida en el atraso y necesitaba aunar energías para salir de él. Las soluciones, que dependían del diagnóstico respecto a las causas de esa decadencia, oscilaban entre la reforma y el arbitrista. Y a menudo contaban con las acciones del rey, que concitó grandes expectativas. Para que en el interior se reconstituyera la moral colectiva, aunando orden y avances, y, más allá de las fronteras, se reconociera el papel de España como una pequeña potencia en expansión. Don Alfonso, según transparentaban las ceremonias y discursos, se erigió en centro del resurgimiento nacional. También en las cartas que se recibían en palacio abundaban los planes regeneracionistas, tan crudos que a veces se clasificaban en el apartado de «anónimos y locos». En 1905, un perturbado se hacía eco de este clima: «Sólo a Vos, joven Señor, sólo a Vos corresponde la gloria del vencimiento»⁸⁶.

El propio monarca, hijo del 98, interiorizó ese papel crucial y estaba dispuesto a representarlo, por ahora dentro de una Constitución que le otorgaba, además de la jefatura del ejército, el poder arbitral para decidir, siguiendo algunas reglas, quién y cuándo gobernaba. Algo no muy distinto de lo que ocurría en otros estados constitucionales europeos. En Gran Bretaña, donde retrocedió con mayor contundencia el influjo de la corona, se conjugaron dos factores fundamentales: un parlamento legitimado por elecciones libres y go-

⁸⁵ WILLIAMS, 1997.

⁸⁶ Carta de Juan Viure, 5 de mayo de 1905, AGP RR AXIII C^a 15554/3.

biernos fuertes que, nacidos de esa legitimidad, se imponían a reyes no siempre satisfechos con su encogimiento político⁸⁷. Algo similar ocurrió en otros países, pocos y pequeños. Pero en la mayor parte del continente, los monarcas, incluso los constitucionales, seguían al frente de la gobernación, aunque hubiera una gran distancia entre el italiano, en tránsito hacia un sistema parlamentario, y el alemán, con trazas autoritarias. El español estaría a medio camino entre estos dos últimos. Ante la ausencia de comicios limpios, un factor que aseguraba la victoria electoral a quien obtuviese del monarca la disolución de las cámaras, el nombramiento de los gabinetes dependía de otras circunstancias como la unidad de los partidos que se alternaban en el poder, el conservador y el liberal. Cuanto más divididos estuvieran, mayor importancia política adquiriría Alfonso XIII.

El inicio de su reinado estuvo marcado por sendas pugnas por la jefatura, que acabaron, tras muchas vicisitudes e injerencias del rey, con el asentamiento de dos liderazgos sólidos, el de Maura en el conservadurismo y el de Canalejas entre los liberales. Mientras duraron, el papel de don Alfonso pudo replegarse al ámbito simbólico, como quería el *bagehotiano* jefe conservador. No así su colega liberal, más inseguro respecto a sus bases sociales y por tanto más pendiente del apoyo regio. Pero antes y después de esas etapas no fue posible ese repliegue. Además, las decisiones reales se discutían, de manera más o menos abierta, en el parlamento y en la prensa. La monarquía española, a diferencia de las más populares de Europa como la británica o la holandesa, no despertaba consensos casi unánimes, sino que provocaba conflictos. El republicanismo era minoritario y estaba lejos de poner en peligro la institución, al contrario que el de Portugal, capaz de alumbrar en 1910 la tercera república europea. Pero el monarca, en vez de transformarse en una instancia integradora, se comportaba como un actor protagonista en la escena política.

Tras la muerte de Canalejas, liquidado a tiros por un anarquista a finales de 1912, Alfonso XIII se colocó en el centro de esa escena. Su entierro, que siguió a pie, le dio un halo providencial. Según el escritor Miguel de los Santos Oliver, el monarca era la única base que en España quedaba para una reacción patriótica⁸⁸. Y esa coyuntura se resolvió en sentido liberal, cuando al cambiar el año don Alfonso confirmó al conde de Romanones en la presidencia y negó el mando a Maura. Una decisión constitucional, justificada por la unidad de los liberales, pero explosiva. Días después de tomarla, el rey recibía a los intelectuales más relevantes del campo republicano moderado, dispuesto a aceptar la monarquía si ésta emprendía el camino de la democracia. La reacción del líder conservador, que, molesto desde su caída en 1909, consideró

⁸⁷ BODGANOR, 1995.

⁸⁸ Miguel de los S. Oliver, «Pesimismo nacional. El ejemplo del Rey», *Abc*, 19 de noviembre de 1912.

roto el turno que había sustentado el sistema hasta entonces, puso en entredicho el ejercicio de la prerrogativa regia de nombrar con libertad a los ministros. Todo, al menos todo lo que interesaba a los entornos políticos, parecía depender ahora del rey, metido de lleno en la lucha partidista.

Así pues, la monarquía española se alejaba más que nunca del modelo británico, ese en el cual, como había vaticinado Bagehot, el trono se percibía como un símbolo nacional al margen de los conflictos políticos cotidianos. Entonces, ¿cabía glorificar como tal una corona personificada por un monarca con poderes efectivos? Lo tardío de la pérdida de estos poderes en la misma Gran Bretaña y los ejemplos continentales europeos muestran que sí. Aunque resulta asimismo difícil no dar la razón a quienes consideran la asociación entre dinastía e imaginario nacionalista más sólida, al menos a largo plazo, cuando el monarca ha perdido influencia o, al menos, no aparece ante la opinión como un agente político que favorece a unos para perjudicar a otros. Buena parte del regeneracionismo españolista, compartido por Alfonso XIII, empujaba en dirección contraria al promover la figura de un monarca que, como el káiser alemán, ejerciera plenos poderes para engrandecer la nación. A la altura de 1913, tanto los discursos monárquicos como las prácticas rituales llevaban más de una década exaltando la misión patriótica de un joven popular, en estrecho contacto con los españoles y al frente de su ejército. La de Alfonso *el Regenerador*.

BIBLIOGRAFÍA

- Álvarez Junco, José, *Mater Dolorosa. La idea de España en el siglo XIX*, Madrid, Taurus, 2001.
- Amigueti, F., *Guía ilustrada de Sevilla. Recuerdo de las Fiestas Reales...*, Sevilla, 1904.
- Anderson, Benedict, *Imagined Communities. Reflections on the Origin and Spread of Nationalism*, Londres/Nueva York, Verso, 1991 (1ª ed., 1983).
- Bagehot, Walter, *La Constitución inglesa*, Madrid, Centro de Estudios Políticos y Constitucionales, 2010 (1ª ed. en inglés, 1867).
- Billig, Michael, *Banal Nationalism*, Londres, Sage, 1995.
- Bodganor, Vernon, *The Monarchy and the Constitution*, Oxford, Clarendon Press, 1995.
- Bösch, Frank y Domeier, Norman, «Introduction. Cultural history of politics: concepts and debates», *European Review of History-Revue Européenne d'Histoire*, 15/6 (Budapest, 2008): 577-586.
- Boyd, Carolyn P., *La política pretoriana en el reinado de Alfonso XIII*, Madrid, Alianza, 1990 (1ª ed. en inglés, 1979).
- Brice, Catherine, *Monarchie et identité nationale en Italie (1861-1900)*, París. EHESS, 2010.

- Cannadine, David, «The Context, Performance and Meaning of Ritual: The British Monarchy and the 'Invention of Tradition', c. 1820-1977», en Eric Hobsbawm y Terence Ranger (eds.), *The Invention of Tradition*, Cambridge, Cambridge University Press, 1992 (1ª ed., 1983); 101-164.
- Cannadine, David, *History in our Time*, New Haven, Yale University Press, 1998.
- Colombo, Paolo, «Una Corona per una nazione: considerazioni sul ruolo della monarchia costituzionale nella costruzione dell'identità italiana», en Marina Tesoro (ed.), *Monarchia, tradizione, identità nazionale. Germania, Giappone e Italia tra Ottocento e Novecento*, Milán, Bruno Mondadori, 2004; 21-33.
- Colley, Linda, *Britons. Forging the Nation 1707-1837*, New Haven, Yale University Press, 1992.
- Craig, David M., «The Crowned Republic? Monarchy and anti-Monarchy in Britain, 1760-1901», *The Historical Journal*, 46/1 (Cambridge, 2003): 167-185.
- Fehrenbach, Elisabeth, «Images of Kaiserdom: German attitudes to Kaiser Wilhelm II», en John C.G. Röhl y Nicolaus Sombart (eds.), *Kaiser Wilhelm II. New Interpretations*, Cambridge, CUP, 1982; 269-285.
- Gaona, Manuel, *Crónica descriptiva de la visita de S.M. el Rey...*, Jerez de la Frontera, 1904.
- González Cuevas, Pedro C., «El rey y la corte», en Javier Moreno Luzón (ed.), *Alfonso XIII. Un político en el trono*, Madrid, Marcial Pons Historia, 2003; 187-212.
- González Hernández, María Jesús, *El universo conservador de Antonio Maura. Biografía y proyecto de Estado*, Madrid, Biblioteca Nueva, 1997.
- Hall, Morgan C., *Alfonso XIII y el ocaso de la monarquía liberal, 1902-1923*, Madrid, Alianza, 2005.
- Heffer, Simon, *Power and Place. The Political Consequences of King Edward VII*, Londres, Weidenfeld & Nicolson, 1998.
- Hernández Barral, José Miguel, «Más que una boda: aristocracia y jerarquía social en la primera década del XX», en Guadalupe Gómez-Ferrer (ed.), *Modernizar España*, Madrid, Universidad Complutense, 2006 (CD-Rom).
- Korner, Axel, *Politics of Culture in Liberal Italy: from Unification to Fascism*, Londres, Routledge, 2008.
- Kuhn, William M., *Democratic Royalism. The Transformation of the British Monarchy, 1861-1914*, Nueva York, Palgrave, 1996.
- Kumar, Krishan, *The Making of English National Identity*, Cambridge, Cambridge University Press, 2003.
- Levra, Umberto, «Vittorio Emanuele II», en Mario Isnenghi (ed.), *I luoghi della memoria. Personaggi e date dell'Italia unita*, Roma-Bari, Editori Laterza, 1997; 47-64.
- Mayer, Arno J., *La persistencia del Antiguo Régimen. Europa hasta la Gran Guerra*, Madrid, Alianza Editorial, 1984 (1ª ed. en inglés, 1981).
- Melián González, María Elsa, *Alfonso XIII en Canarias. El debate socio-político que dio origen a los Cabildos*, Tenerife/Gran Canaria, Gobierno de Canarias, 2001.

- Montero Díaz, Julio; Paz, María Antonia y Sánchez Aranda, José J., *La imagen pública de la monarquía. Alfonso XIII y en la prensa escrita y cinematográfica*, Barcelona, Ariel, 2001.
- Moreno, Mónica, «Discreta regente, la austriaca o doña Virtudes. Las imágenes de María Cristina de Habsburgo», *Historia y Política*, 22 (Madrid, 2009): 159-184.
- Moreno Luzón, Javier, «Entre el progreso y la virgen del Pilar. La pugna por la memoria en el centenario de la Guerra de la Independencia», *Historia y Política*, 12 (Madrid, 2004): 41-78.
- Moreno Luzón, Javier, «El rey patriota. Alfonso XIII y el nacionalismo español», en Ángeles Lario (ed.), *Monarquía y República en la España contemporánea*, Madrid, Biblioteca Nueva/UNED, 2007; 269-294.
- Nairn, Tom, *The Enchanted Glass. Britain and its Monarchy*, Londres, Radius, 1988.
- Olechnowicz, Andrzej, «Historians and the modern British monarchy», en Andrzej Olechnowicz (ed.), *The Monarchy and the British Nation. 1780 to the Present*, Cambridge, Cambridge University Press, 2007; 6-44.
- Prochaska, Frank K., *Royal Bounty. The Making of a Welfare Monarchy*, New Haven, Yale University Press, 1995.
- Serrano, Carlos, *El nacimiento de Carmen. Símbolos, mitos y nación*, Madrid, Taurus, 1999.
- Unowski, Daniel L., *The Pomp and Politics of Patriotism. Imperial Celebrations in Habsburg Austria, 1848-1916*, West Lafayette, Indiana, Purdue University Press, 2005.
- Urbano, Ramón A., *La visita regia. Crónica de la estancia de S.M. el Rey Don Alfonso XIII en la Muy Hospitalaria Ciudad de Málaga*, Málaga, Universidad de Málaga, 2000 (1ª ed. 1904).
- Van Osta, Jaan, «The Emperor's New Clothes. The Reappearance of the Performing Monarchy in Europe, c. 1870-1914», en Jeroen Deploige y Gita Deneckere (eds.), *Mystifying the Monarch. Studies on Discourse, Power, and History*, Amsterdam, Amsterdam University Press, 2006; 181-192.
- Varela, Javier, *La muerte del rey. El ceremonial funerario de la monarquía española (1500-1885)*, Madrid, Turner, 1990.
- Varela Suanzes-Carpegna, Joaquín, «Estudio preliminar», en *La Constitución de 1876*, Madrid, Iustel, 2009; 17-97.
- Velde, Henk te, «Cannadine, Twenty Years on. Monarchy and Political Culture in Nineteenth-Century Britain and the Netherlands», en Jeroen Deploige y Gita Deneckere (eds.), *Mystifying the Monarch. Studies on Discourse, Power, and History*, Amsterdam, Amsterdam University Press, 2006; 193-203.
- Wijngaert, Mark van den; Beullens, Lieve y Brants, Dana, *Pouvoir et Monarchie. La Belgique et ses rois*, Bruselas, Éditions Luc Pire, 2002.
- Williams, Richard, *The Contentious Crown. Public Discussion of the British Monarchy in the reign of Queen Victoria*, Hants, Ashgate, 1997.

Wortman, Richard S., *Scenarios of Power. Myth and Ceremony in Russian Monarchy from Peter the Great to the Abdication of Nicholas II*, Princeton, NJ, Princeton University Press, 2006.

Recibido: 18-05-2011

Aceptado: 23-05-2012